



el rescate y la memoria

El monje José Custodio de Faria, también conocido como abate Faria nació en Candolim, en la localidad de Goa, India portuguesa, en 1746. Luego de obtener su doctorado en Teología en Roma ejerció por un tiempo su sacerdocio y, años después, se radicó en París. Atraído por los escritos de Armand-Marie-Jacques de Chastenet, Marqués de Puységur (1751-1825), quien adhería a la teoría del magnetismo animal creada por el médico alemán Franz Anton Mesmer

(1734-1815), Faria dictó conferencias e hizo demostraciones del fenómeno, pero a diferencia de Mesmer y Puysegur, lo denominó "sueño lúcido" y postuló que estaba basado en la sugestión, interpretándolo como un fenómeno psicógeno, abriendo así el camino a las investigaciones del neurocirujano escocés James Braid (1795-1860) quien lo describió científicamente y acuñó el término hipnotismo. Faria murió en París el 30 de septiembre de 1819 de un paro cardíaco.

La causa del sueño lúcido¹ o estudio sobre la naturaleza del hombre

Abate Faria
(Fragmento)

SESIÓN IX

LA NATURALEZA INDIVIDUAL DEL HOMBRE Y LOS DIFERENTES MOTIVOS QUE DETERMINAN LAS ACCIONES DEL ALMA

1. El desarrollo de la causa del sueño lúcido en todos sus detalles requiere nociones preliminares que puedan hacerlo inteligible. Con este fin, nos detenemos aquí para profundizar en lo que es la naturaleza individual del hombre, y para formular ideas precisas sobre el modo de sus operaciones internas.

La palabra *naturaleza* es muy vaga en casi todos los idiomas de Europa. Sin entrar en los detalles de las acepciones de las cuales es susceptible este término, nosotros consideramos que la naturaleza individual, al actuar en cada individuo más por instinto y hábito que por la reflexión y el ejercicio de su libertad interna, es solo un principio inteligente que vela y contribuye a la conservación y a la propagación de su ser. Con esta definición se puede apreciar que lo que hemos afirmado en otras partes sobre el estado intuitivo del alma no es más que una aproximación a la condición de la naturaleza individual del hombre.

Lo que decimos aquí de esta naturaleza del hombre, es, guardando la proporción, lo mismo que debe pensarse en relación con los animales. La única diferencia entre aquel y estos radica en la degradación del hombre y en la integridad primordial de los animales, como veremos más adelante. Mientras tanto, observamos que lo que los filósofos han enseñado acerca de su llamado mecanismo, prueba más bien de la profundidad de su genio para sostener una paradoja que para iluminar una verdad que lucha con el error. Desde la Antigüedad, la razón siempre ha reconocido en los animales no solo un alma inteligente, sino incluso un Alma espiritual e inmortal, consecuencia necesaria de su inteligencia.

Lo contrario, ocurre con los seres puramente sensitivos e insensatos. Aunque los naturalistas, bajo los térmi-

nos *intus susceptionem*, y *juxtapositionem*, colocan en diferentes reinos a los vegetales y a los minerales; las observaciones microscópicas revelan que los cuerpos estúpidos tienen su vegetación, al igual las plantas. Es muy probable que el modo de crecimiento y conservación de unos se deba a otras leyes que las que rigen el modo de crecimiento y preservación de otros; pero sea como sea, es cierto que su naturaleza individual depende de una disposición de las partes internas para convertir en un movimiento especial y singular el movimiento general del orden físico. Este tema es ajeno a nuestro trabajo, por lo tanto es suficiente para nosotros establecer que el crecimiento y la conservación de vegetales y minerales dependen de causas ciegas, mientras que los de los animales dependen de causas reflexionadas y habituales, susceptibles de dirección.

2. Lo que se ha dicho desde el principio sobre el estado sensitivo y sobre el estado intuitivo del alma, sirve para mostrar que este principio inteligente tiene una modificación diferente, al ser independiente de los sentidos, de la que acompaña las funciones de los sentidos. Establecemos así que el estado intuitivo del alma es lo que forma la naturaleza individual del hombre. Para sentir todo el peso de esta verdad, basta recordar todos los esfuerzos que se desarrollan en los epóptas¹ ante las órdenes de los concentradores², en contra y además de la tendencia del movimiento que se considera necesario, del cual hemos hecho un sucinto comentario en la Introducción. Es incontestable que este movimiento pertenece exclusivamente a la naturaleza del hombre. Solo la naturaleza misma del hombre puede controlarlo a voluntad.

La abstracción de los sentidos, en la cual esta naturaleza desarrolla su trabajo interior, no es necesaria para que ella actúe. Ella trabaja constantemente, pero de una manera completamente ajena al conocimiento del hombre, ya sea que éste esté durmiendo o despierto; y es capaz de dar a conocer su acción solo en una determi-

¹ Traducción de *De la cause du sommeil lucide ou étude de la nature de l'homme*, Seance IX, Paris, 1819.

² N. del E.: Epopta, del griego *Apoptae*, es el iniciado en los misterios de Eleusis. Los Misterios Mayores, según la clasificación que había establecido Orfeo, se celebraban en la isla de Eleusis en honor a las diosas Démeter y Perséfone. Aunque se ignora el contenido exacto de esos Misterios se piensa que los que eran iniciados en ellos recibían, probablemente bajo el efecto de alucinógenos, enseñanzas sobre la vida después de la muerte y sobre el mundo celestial. Los iniciados eran llamados *Apoptae*, que significa el que contempla. En la nomenclatura de Faria designa a las personas susceptibles de entrar en transe hipnótico.

nada disposición de la liquidez de la sangre del hombre que ella constituye. Los epoptas dan una prueba irrefutable de esta economía de su comportamiento. Cuando se les indica durante el sueño que descubran algo que no ven en su estado de vigilia, cumplen puntualmente en el siguiente sueño con la tarea impuesta, agregando que, sin ninguna duda, siguieron con ella después de despertarse. También experimentan en su estado de vigilia, en el momento correcto, la orden impartida durante su sueño, como la descarga menstrual, los vómitos, las heces y otros similares.

Sin embargo, esta naturaleza individual, al expresar por boca de los epoptas lo que ella ejecuta de acuerdo con la orden, ordinariamente no la recuerda, e ignora la causa de sus ocupaciones continuas. Actúa como si fuera una necesidad ineludible, y no por una opción resultante de su libre arbitrio. De esa manera, los epoptas no solo no la dominan espontáneamente sin una orden externa, sino que incluso en lo que ejecutan mediante este esfuerzo, reconocen en otro el imperio que ejercen ellos mismos.

Así es como ella actúa más por instinto y hábito que por la reflexión y por el ejercicio de su libertad interna. Su conversación y su reproducción son los únicos objetivos que persigue, y aún así ella es, a menudo, indiferente a ella, falta de saber sentir y pesar las consecuencias funestas. Los medios conducentes a la misma, que son ajenos a su marcha ordinaria, le son tan desconocidos a causa de la ausencia de la reflexión necesaria, que ella adopta sin reticencias lo bueno por malo y lo malo por bueno. Por lo tanto, solo con la palabra, uno puede enfermar a los epoptas sanos, y sanar a los epoptas enfermos.

3.- Pero ¿Qué son el instinto y el hábito? Estos son dos puntos que necesitan ser aclarados.

El instinto es solo un impulso interno del alma que conduce al hombre a una acción, antes de cualquier reflexión. Por lo tanto, puede afirmarse que aquel que es susceptible al instinto es capaz de reflexionar. En general, es una voz de la naturaleza que tiende a la conservación del ser, primer objetivo de su cuidado y su trabajo. Esa voz es casi infalible, siempre que no sea sugerida por una causa externa, y siempre se sigue con satisfacción y sin repugnancia.

Si el instinto es susceptible de reflexión, está claro que el hombre lo comparte más particularmente que los animales. Por lo tanto, es incorrecto decir vulgarmente que los animales siempre actúan solo por instinto. Al querer de ese modo desvalorizar su inteligencia, se sugiere que son susceptibles de reflexión, y, en consecuencia, se reconoce en ellos una inteligencia superior a la que desarrollan en la conducta de su existencia.

Sin embargo, el instinto puede existir en los animales; porque, como veremos a continuación, ellos están dotados como el hombre, de un alma inteligente, modificada por un estado sensitivo y un estado intuitivo. No cabe duda de que todas las acciones aparentes son el

resultado de una deliberación calculada y reflexionada. Estas pruebas de su atención probablemente tengan un limitación marcada por la restricción de sus ideas; pero estos límites no impiden que estos seres se sean capaces de combinar, conjeturar y deducir. Por poco que se preste atención a la fidelidad de los perros, a la habilidad de los gatos, a la prudencia del castor, a las trampas de las arañas y a los diferentes caracteres de otras especies de animales, se podrá reconocer en su conducta.

El instinto del hombre es una rutina perfectamente pensada. El alma la sigue en su estado intuitivo por el primer impulso, y se aferra a él tan estrechamente que basta con que la mente comprenda que algo imprevisto puede alterar su progreso habitual, para provocar en su cuerpo sobresaltos horribles e incluso mortales. Esta es la fuente del miedo a una explosión inesperada e incluso esperada; desmayarse ante un asesinato cruel y bárbaro; horrorizarse frente a los huesos humanos que dan fe de la certeza de la destrucción del hombre.

Sin embargo, este instinto es susceptible de reflexión; pero siempre y cuando haya una gran liquidez de la sangre. Es por este instinto que los pacientes a veces han visto en los sueños los remedios precisos que necesitan contra sus enfermedades. Es por este instinto que las mujeres embarazadas anuncian en sus antojos lo que les es indispensable por su condición. La naturaleza individual se siente, en ocasiones singulares, lo suficientemente libre como para reconocer la insuficiencia de su cuidado e inculcar lo que puede ayudarlo a cumplir su tarea de vigilancia.

4.- Ahora es fácil entender qué es un hábito. Se lo denomina una segunda naturaleza, porque siendo un resultado que se vuelve natural por la repetición de un acto, se confunde con el instinto y deviene independiente de toda reflexión. Hemos dicho muchas veces que las ideas sensitivas se convierten más fácilmente en ideas intuitivas que a la inversa, cuando el alma se penetra intensamente de ellas y les otorga importancia. Mediante la repetición de actos, finalmente ellas se ordenan en la línea de ideas naturales e infusas; y el alma en su curso ordinario de la naturaleza individual, al estar incapacitada para reflexionar, adopta a unas y otras, sin reconocer diferencia entre ellas.

Por lo tanto, es normal que el hábito sea considerado como una segunda naturaleza. Travestido en naturaleza, ejerce toda su potencia y difiere sólo en su denominación, debido a la sobrecarga que suma a sus funciones ordinarias.

Si es difícil desviar a la naturaleza de su marcha, es igualmente difícil erradicar un hábito contraído. La fuerza de los medios para adquirirlo o destruirlo no es la misma. De ordinario repetimos solamente los actos que exalten su inclinación, y, por lo tanto, este ejercicio se convierte en una satisfacción agradable en lugar de un trabajo desagradable. La empresa de destruir un hábito es un esfuerzo para despejar el espíritu de aquello que lo

³ N. del E.: Concentradores era la denominación que Faria daba a los que inducían el sueño lúcido.

seduce; es una tarea fatigante y despojada de todo incentivo para ser mantenida.

Sin embargo, esto se logra mediante la repetición de actos contrarios; pero esta ejecución requiere más tiempo del que uno emplea cuando quiere destruir el resultado. La historia está llena de ejemplos que muestran que, a menudo, llegamos a convertirnos en un modelo de virtud, después de haber estado hundidos largo tiempo en el fango del vicio, incluso cuando se haya logrado desviar a la naturaleza de su marcha regular para someterla a regímenes espantosos, que a primera vista debieron de ser muy repugnantes. La experiencia siempre muestra que incluso una autoridad absoluta puede menos que una voluntad adecuadamente eficaz.

No necesito profundizar aquí la causa por la cual esta naturaleza individual, no estando dotada más que de una razón justa y eterna, está sujeta a las aberraciones más vergonzosas y dispares. Lo poco que hemos dicho acerca de la restricción de su libertad interna es suficiente para saber que siempre acoge como un bien todo lo que se le inculca bajo su apariencia, y que al ser el resultado del alma y el cuerpo, en la práctica, no está exenta de las influencias de la materia.

5.- Si bien es equívoca, esta razón intuitiva que tiene tantos nombres, goza del derecho a ser justa y eterna, ¿qué deberíamos pensar de la razón sensitiva, conocida como razón humana, para revelarnos esta pretendida ley natural, grabada en el corazón del hombre? Hemos determinado en otros lugares la confianza que puede merecer en sus dogmas: observemos aquí que estos preceptos eternos, a los que, a pesar de sí mismos, los hombres se encuentran encadenados internamente, solo existen en sus mentes por el intercambio social.

Ya hemos dicho que el alma humana goza de una ciencia infusa y universal; pero hemos agregado que estos conocimientos no se manifiestan en la vida cotidiana, y que cuando se presentan en los sueños, en los *presentimientos* y las sensaciones, solo se consideran como el resultado de una imaginación delirante. El hombre solo tiene luz a través de los sentidos, y aunque internamente los individuos de todas las edades y de todos los sexos sean igualmente sabios, solo lo son aquellos que están más dedicados al estudio y a la meditación.

La virtud, además de su estado natural, le presenta a la sociedad una utilidad real, así como el vicio, además de su deformidad le presenta también infortunios sin fin. Por ello, los hombres han creado preceptos que se aplican a cada uno, bajo penas severas, para ubicarlos en el lugar que le corresponde, especialmente cuando, después de rechazar los preceptos positivos de la revelación primitiva, conocieron su utilidad por su propia experiencia. Esa es la fuente de lo que se llama la ley natural, una fuente que se ha convertido en sagrada debido al uso público y privado resultante.

¿Creemos de buena fe que un niño que ha sido abandonado a una temprana edad en un bosque no puede alcanzar la edad de la razón, distinguir entre la virtud

y el vicio, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo? No conocería ningún mal sino lo que podría ser perjudicial para la conservación de su ser; y, además, vería la virtud, la justicia y la bondad solo en la medida de sus fuerzas para satisfacer sus gustos e inclinaciones.

6.- Esta observación proporciona una respuesta perentoria a una sólida objeción contra la espiritualidad del alma humana y en favor del materialismo, que ha escapado a su defensor. Aquí está la objeción. Una sustancia espiritual tiene esencialmente, entre otras propiedades, la de penetrar en los cuerpos. Es concebible que los ojos a través de los cuales el hombre ve no puedan alcanzar el interior de los objetos materiales debido a las trabas que lo obstruyen. Pero, ¿cómo puede uno explicar que el alma, que debe ser una mente intuitiva, no conoce el interior del cuerpo que informa? ¿Por qué esta alma no tiene la menor idea de su naturaleza, mientras que da a la de los objetos que caen bajo los sentidos? Quién más sabe, debe saber lo menos. Saber lo que somos es mucho más fácil que saber lo que son los demás. Por lo tanto, debe admitirse que la inteligencia que el hombre desarrolla es más bien una modificación de la materia que la propiedad de una sustancia simple y espiritual.

Hemos repetido varias veces que el hombre solo tiene la idea de lo que ha entrado por los sentidos. Está claro, entonces, que, como nunca vio su interior, no puede tener idea de él. Sin embargo, el alma ve todos los pliegues y repliegues, no solo del cuerpo que ella informa, sino también de todo tipo de asuntos extraños, tan pronto como los sentidos del hombre se vuelven incapaces de ejercer sus funciones ordinarias. La inteligencia que se desarrolla en el hombre, lejos de descubrirla como una modificación de la materia, nos hace, por el contrario, saber que es propiedad de una sustancia simple y espiritual.

Sin embargo, mientras goza de una intuición en la abstracción de los sentidos, esa Alma, aún no conoce su naturaleza pura. Es porque esta intuición en su unión con el cuerpo es mixta, es decir, una intuición que, perforando las distancias de tiempos y lugares, presenta los objetos solo por las *especies*. Es un resultado inexplicable de lo espiritual y lo sensible, e insuficiente para alcanzar una mente pura inaccesible a toda imagen; sin embargo, es un resultado que decide que de ninguna manera puede ser una modificación de la materia siempre sensiblemente limitada y circunscrita.

El alma humana se verá tal como es solo cuando, separada de su envoltura, se libere de cualquier intermediario entre ella y los objetos. En su misteriosa unión con el cuerpo, está tan irrevocablemente sujeta que parece diferir de sí misma y formar otro ser, que es siempre el hombre en apariencia en la abstracción de sus sentidos, e inteligente en su estado de sensaciones. El alma es percibida a través de sus operaciones, pero no se la conoce en sí misma.

7. - Volviendo ahora al tema del que nos hemos desviado, observaremos que la naturaleza individual, que

realiza de manera constante su trabajo ordinario en cualquier disposición de la sangre, varía más o menos según la fuerza de los diferentes motivos que cautivan la adherencia del espíritu. Su marcha, de donde se origina en el hombre el movimiento necesario independientemente de todo poder de la voluntad sensitiva, perturba su regularidad y se acelera, se enlentece o se suspende totalmente, frente a todo lo que le da una convicción contraria a la que gobierna y dirige su trabajo.

El poder de actuar más o menos enérgicamente sobre el movimiento necesario, es, por lo tanto, solo prerrogativa de la convicción, de acuerdo con la fuerza del motivo que lo provoca. Indudablemente en el estudio y en el conocimiento del hombre no haberlo distinguido de la persuasión ha dado como resultado una serie de impedimentos quiméricos que han hecho que esto haya sido visto como más enigmático de lo que es. Para aclarar el tema, nosotros fijaremos la diferencia característica entre uno y otro, y distinguiremos al mismo tiempo las diferentes especies de convicción.

Reservando para más tarde la definición de persuasión, definimos ahora que la convicción puede ser de diferentes especies: *íntima, instintiva, sensible, habitual o demostrativa*. Nos ocuparemos de cada una de estas formas de convicción en particular y luego mostraremos la diferencia entre ellas y la persuasión; y terminaremos esta sesión dando nociones precisas de la confianza y de la prevención, que están conectadas con el presente desarrollo por una analogía íntima.

De esta doctrina se desprende: que la naturaleza individual que se considera vulgarmente como algo completamente ajeno al hombre, realiza su trabajo, a veces de acuerdo con él y otras veces a pesar suyo a pesar de todos los obstáculos que éste le presente; que ella es, en cierta disposición física del cuerpo, ágil y flexible bajo la dirección de alguien que disfruta de su confianza; que este impulso por el cual se domina a sí misma siempre está en relación inversa a la solidez de su causa; y que lo que, según la luz de la razón humana, es solo el intercambio de inteligencia, depende en gran medida de la extraordinaria liquidez de la sangre.

Esta última observación merece ser examinada más específicamente. Con esto quiero señalar la gran influencia del cuerpo, para desarrollar u obstruir la penetración de las facultades espirituales, a pesar de la gran distancia que existe entre el alma y la materia. Si el hecho no probara evidentemente que el hombre en la densidad de su sangre no tiene el mismo poder sobre su movimiento necesario que en la liquidez extraordinaria, uno tendría razones para pensar que una suposición similar solo puede ser compartida con un espíritu amigo de las paradojas.

8.- La convicción, en general, es la adhesión de la mente a un motivo extraído de una creencia real o creída como tal. La convicción íntima es la adhesión de la mente a un motivo extraído de su propia conciencia. Esta convicción es la más poderosa de todas, porque ninguna verdad tiene más influencia sobre la mente del

hombre que la que él ve o cree ver grabada en sí mismo. Sin embargo, tiene matices, de acuerdo con los grados de liquidez de la sangre y con la cantidad de su masa. Es probable que solo los epóptes sean susceptibles a ella en el más alto grado, aunque no todos en igual medida.

Uno debe sentir que una verdad sacada de la propia conciencia puede ser solo un error, y, consecuentemente, el motivo de la convicción íntima es, en general, menos sólido que el de cualquier otra convicción. Así los epoptas experimentan, ante una orden del concentrador, todo lo que él les anuncia caprichosamente o bromeando, porque están íntimamente convencidos y sienten en su conciencia que solo él tiene el poder de provocarles tales efectos, de acuerdo con su voluntad. No es difícil percibir que la verdad sobre la cual basan el motivo de su convicción es solo relativa, aunque a veces puede ser generalmente exacta.

Decir que la convicción íntima se adapta a la fluidez de la sangre es reconocer que puede producirse más o menos completamente en todas las personas. Todo individuo de la especie humana sueña, y el sueño es solo producto de una convicción íntima. Esto es lo que pone en evidencia que no hay nadie que no posea en su cuerpo una porción de sangre que extraordinariamente líquida. Este tipo de convicción, sin embargo, tiene un carácter distintivo que, como veremos, se denomina convicción instintiva, aunque reconoce su origen en una convicción íntima.

Toda convicción se apoya sobre el movimiento necesario; sin embargo, la convicción íntima puede dominar a voluntad o capricho, pero por una dirección exterior, porque no da a conocer su existencia a la persona que la posee: se desarrolla solo a su orden. Es por eso que se puede establecer el principio de que la convicción íntima es la única autoridad que puede regular, obstaculizar e incluso suspender la marcha de naturaleza individual, y que es solo el efecto de una disposición de la sangre, independientemente de cualquier esfuerzo del estado sensitivo del hombre. Por lo tanto, es un error irreflexivo pensar que uno puede adquirir una convicción íntima mediante el cuidado y la investigación. Uno adquiere una persuasión más o menos sólida solo si uno tiene la condición requerida.

9.- La convicción intuitiva es la adhesión de la mente a un motivo derivado de un impulso interno. Esto significa que quien la posee la usa sin conocer la causa que lo impulsa a actuar. Es fácil ver que siempre proviene de la naturaleza individual, cuando con voz sorda le dice al corazón lo que quiere que hagamos. El poseedor de esta convicción obedece incluso con una especie de voluptuosidad, sin tener la idea de ese imperioso poder que lo ha subyugado a pesar suyo.

Un repliegue en la atención sobre sí misma, que la naturaleza individual tiene del tiempo, este orden inculca en el hombre algo que ella detecta en su intuición, ya sea para la conservación de su ser, ya sea para beneficio de su tranquilidad. Tal es aquello que obedecen las mujeres embarazadas con sus antojos, así como

lo que aparece con insistencia en la cabeza de aquellos pacientes que espontáneamente dicen lo que les es necesario para su completa curación. Los sueños también entran en esta categoría, cuando se destacan en sus elementos, ya sea que anuncien verdades claras o las envuelvan en figuras difíciles de descifrar.

En otras ocasiones, la convicción instintiva es solo pasajera, como cuando es causada por un miedo fundado en algo, o por pánico. La reflexión la mitiga o la disipa; pero, a veces, tiene consecuencias muy desfavorables. En tales circunstancias la naturaleza individual se alarma por la conservación del ser que ella vigila, y a menudo le hace más mal por la fuerza de su aprehensión, que el bien que quiere hacerle por la fuerza de su precaución. Todos esos ataques de nervios, desfallecimientos y desmayos, que se desarrollan ante la vista de un espectáculo angustiante, son el producto de esa convicción instintiva que es solo pasajera.

Esta convicción, que no es otra cosa que la voz de la naturaleza individual, coincide con la convicción íntima; sin embargo, una difiere de la otra, en que esta última es común exclusivamente en los epoptas y su naturaleza es susceptible de dirección, mientras que la primera es atributo, con mayor o menor intensidad de todos los seres humanos, y siempre es rebelde a un poder externo.

Lo que los ingleses denominan *spleen* y los franceses "*mal du pays*", y, en general, todo lo que los médicos caracterizan como la enfermedad imaginaria que debilita a los pacientes y los conduce gradualmente a la tumba cuando se prolonga en el tiempo, proviene de la potencia de esta convicción instintiva. Estos males son reales y provienen de un sentimiento intuitivo que tiene el poder de provocar todo lo que uno aprehende en una determinada disposición de la sangre; y solo pueden ser curados por una conversión contraria. Puede ser que la causa sea la convicción íntima más que la convicción instintiva: a menudo uno puede confundir a una con la otra debido a su gran analogía.

10.- La convicción sensitiva es la adhesión de la mente a un estímulo producido por la acción mediata o inmediata de objetos sensibles. Tal es la convicción que resulta de la existencia de los cuerpos y, en consecuencia, de toda manifestación física. Aunque la certeza que resulte de ella es más sólida que la de la convicción íntima, no tiene tanto efecto sobre el movimiento necesario como esta última. El alma humana solo se subyuga completamente ante el motivo que abraza, cuando ella ejerce un poder absoluto sobre todos los pliegues y repliegues de la envoltura que contribuye a su individualidad; y es cierto que la convicción íntima, que normalmente tiene una base sólida, supera con creces la convicción sensitiva, que tiene una consistencia mayor, aunque a veces equívoca; aunque esta última aún supera la convicción demostrativa, que siempre resulta de verdades eternas. El hombre, cuyo orgullo requiere en el desarrollo de lo que es oscuro y sobre todo inaccesible a los sentidos, una demostración rigurosa, tiene, por lo

tanto, más como guía de sus operaciones mentales la versatilidad de sus prejuicios que la justeza de sus ideas.

Sin embargo, la convicción sensitiva también actúa sobre el cuerpo, pero solo durante el tiempo en que la causa que lo provoca está presente o se supone que está presente en los sentidos. La visión de un asesinato es a menudo suficiente para someter a un individuo a una conmoción penosa en las partes del cuerpo que él nunca pudo dominar mediante su voluntad. Es suficiente para excitar tales sensaciones, la descripción elocuente de una escena horrible, que la reproduce con todos sus matices y detalles.

Las sacudidas que producen estas diferentes imágenes no provienen de las impresiones materiales que imprimen sobre los órganos externos, y aunque esta acción se produce por igual en todos los espectadores presentes, el efecto no es el mismo en todos por igual. Estas agitaciones dependen completamente de los sentimientos que despiertan las sensaciones, y se presentan fácilmente en las personas que asocian con la delicadeza de su complexión el hábito de reflexionar sobre los males que entraña la fragilidad humana. Ninguna persona piensa ser ella misma la causa, porque la velocidad con la que se suceden estas operaciones de la mente, ocultan a la razón asustada la fuente legítima; y uno cree que no puede estar a salvo de esas emociones dolorosas, salvo alejándose de los lugares donde los sentidos se ven obligados a presenciar la escena.

11.- La creencia habitual es la adhesión de la mente a un patrón basado en la experiencia de la repetición de actos. Esta creencia siempre precede a la reflexión y, por lo tanto, es a la convicción sensitiva lo que la convicción instintiva es la convicción íntima. Esta es la que gobierna el movimiento de los miembros externos. Como convicción, cuya potencia siempre se extiende más allá de los límites del movimiento libre, ella domina también una parte del movimiento necesario, pero precisa y proporcionadamente al motivo sensible que la provoca. Tal es la que excita el amor, la ira y otros afectos de ese tipo. Una belleza lograda produce la primera, la presencia de un enemigo odiado produce la segunda y lo mismo sucede con las restantes.

No necesito detenerme aquí para explicar que el efecto de estas pasiones no se manifiesta solo sobre la circulación de la sangre y, en consecuencia, sobre un movimiento que es completamente independiente del poder de la voluntad sensitiva. En efecto, sabemos por experiencia que su acción no tiene otra finalidad que la aceleración o el entecimiento, o la extravasación de ese fluido vital, y que de ese desorden orgánico, resultan, a veces, consecuencias que requieren, para ser reparadas, del socorro del arte médico

He dicho que la convicción habitual precede a toda reflexión; sin embargo, a veces se adquiere rumiando en la mente el motivo que puede provocarla. Por lo tanto, uno se inflama de amor, ira y otras pasiones, representándose vivamente sus objetos en la mente, aunque están ausentes y lejos de los sentidos. Puede suceder que

estos efectos pertenezcan más a la convicción sensitiva que a la convicción habitual. Ambos tienen tal afinidad entre ellos que pueden confundirse fácilmente.

La convicción habitual se convierte en una oposición habitual opuesta, siempre que el motivo desaparezca y sea reemplazado por un motivo contrario. Es necesario que, para restaurar la primera convicción, el primer motivo exista y tenga la fuerza de someter el espíritu a su favor. No es difícil obtener este objetivo, porque a uno generalmente le gusta elogiarse con el motivo de un hábito, ya sea que haya sido útil o agradable.

De esta manera, una persona que, por las limitaciones que le impone el reumatismo, se habría privado durante algún tiempo del ejercicio de sus piernas, solo las usará después de que la experiencia lo haya convencido de su aptitud para ejercer sus funciones ordinarias. La palabra del médico tratante no será suficiente para devolver a la persona su convicción habitual, si no encuentra por sí misma que la respuesta corresponde al anuncio. El motivo de esta convicción pertenece esencialmente a la experiencia y no a la fe en el prójimo, sin importar cuán confiable pueda éste ser.

12.- Finalmente, la convicción demostrativa es la adhesión de la mente a un motivo extraído de una verdad eterna, susceptible de desarrollo. Tal es aquella que resulta de una demostración matemática. Esta convicción puramente especulativa solo puede actuar sobre la mente y no sobre el cuerpo. La razón es clara; las verdades sobre las cuales se establecen las matemáticas no son reales sino supuestas. La mente siente toda su exactitud, pero una demostración matemática no tiene el poder de reflejar su influencia sobre el cuerpo; porque por su constitución no tiene la capacidad para subyugarlo.

Estas verdades, reducidas a una demostración física, no tienen la fuerza para provocar una convicción que domine la menor parte del movimiento necesario. Al menos no lo producen sobre la generalidad de los individuos de la masa humana.

Está evidentemente demostrado que con un paracaídas uno puede intentar los saltos más peligrosos. Sin embargo, nadie se atrevería a arrojarse, equipado con una garantía similar, desde lo alto de las torres de la iglesia de Nôtre Dame. Cuando las personas valientes ascienden en un globo aerostático a una altura realmente aterradora, uno admira esta acción, considerada insensata y temeraria. Creo que incluso aquellos que se exponen a ella están más empujados por el interés que por la convicción. Sin embargo, nada es tan cierto como la evidencia que muestra que hay menos peligro en ese intento que el que ocasiona circular en un vehículo sujeto a mil y un accidentes imposibles de prever. ¡Es cierto que la certeza que gobierna las acciones del hombre está siempre en relación inversa a la solidez de sus bases!

En la práctica, está tan lejos de su pensamiento buscar más que encontrar la convicción demostrativa de la corrección de sus acciones más ligadas con la seguridad de su conservación, que hay muchas razones para

pensar que, cuando pide una demostración matemática de verdades positivas, aunque abstractas, que tienen el derecho de regular su moralidad, solo busca liberarse de todo yugo que pudiera obstaculizarlo en la satisfacción de sus inclinaciones. No está en él el ardor de conocer una verdad oscura, sino el deseo de volver problemática una verdad conocida que le reprocha la irregularidad de su conducta. Es más fácil pensar que no hay nada que temer o esperar después de la muerte, que justificar ante la razón la satisfacción de la caída en el vicio. Un Dios indolente ciertamente le convendría mucho mejor que un Dios justo.

13.- Es hora de explicar la diferencia entre convicción y persuasión. La persuasión es también una adhesión del espíritu, pero hace fe en los demás. Por grande que sea nuestra confianza en la veracidad de una persona, siempre es menos grande que la que estamos obligados a otorgar al testimonio de nuestra conciencia. La diferencia entre la convicción y la persuasión es que la primera se basa en nuestro propio testimonio y la segunda resulta del testimonio de los demás.

La persuasión ofrece a la mente solo un motivo externo, y la convicción siempre un motivo interno. Si, para actuar con el movimiento necesario, hace falta un motivo conectado con él, la persuasión, cuyo motivo es completamente extraño, nunca puede, como tal, controlar la impulsión. El ejercicio de la libertad interna, a la que se subordina este impulso, no depende solo de los individuos: ninguna fuerza externa tiene influencia alguna. El poder de la propia voluntad que lo rige está guiado únicamente por el motivo que subyuga la comprensión.

La persuasión, sin embargo, se convierte en convicción de todo tipo, de acuerdo con las disposiciones internas, por lo tanto, la persuasión actúa con convicción y logra controlar el movimiento necesario. Cuando los motivos de la persuasión, que por lo general son intrínsecamente más fuertes que los de la convicción, logran a fuerza de ser meditados, a apoderarse de la mente, o cuando estos motivos encuentran en el corazón del oyente sentimientos habituales análogos a él, la persuasión siempre se presenta bajo el aspecto de la convicción, y es realmente solo la convicción misma que triunfa sobre una parte del movimiento necesario.

Es por eso que el discurso de un orador sagrado, que solo tiene la fuerza para persuadir, también mueve el cuerpo y provoca convicción en la mente; porque cada cristiano se nutre de la idea de la existencia de un Dios testigo de las acciones más ocultas, de su justicia terrible, de su clemencia misericordiosa y de su inefable munificencia. Son estos sentimientos, latentes en el corazón, que una elocuencia masculina despierta por la fuerza de su razonamiento; y en lugar de usarlo para persuadir, lo usa para convencer.

La persuasión sigue, en estos motivos externos, el mismo curso que la convicción demostrativa en sus motivos internos. Ambas subyugan la mente de acuerdo con su naturaleza particular; pero, como tales, nunca

logran dominar el movimiento necesario. Por lo tanto, los efectos de la persuasión no son tan generales como los de la convicción: no todos los que escuchan a un orador ceden a la fuerza de su elocuencia.

14.- Hemos prometido ocuparnos de la naturaleza de la confianza y la prevención: mantendremos nuestra promesa en pocas palabras para finalizar esta reunión.

La confianza es el abandono de la mente a discreción de los demás, debido a una certeza relativa de la corrección de los propios sentimientos. La misma persona no disfruta de la confianza de todos, porque sus sentimientos no son apreciados de la misma manera por todos. Cuando alguien se lo otorga en toda la extensión del significado de la palabra, se pone a su disposición sin reservas y se somete por completo a su opinión e influencia.

Generalmente, la confianza entre los hombres está restringida porque, a juzgar por la inestabilidad de sus propios sentimientos, siempre se desafían unos a otros. Sin embargo, hay algunos que son tan ciegos a la fe en aquellos con los que se relacionan que, a pesar de las tristes pruebas, siguen siendo lo suficientemente débiles como para continuar abandonándose a su discreción. Es de suponer que la complejidad es en ellos la primera causa de este trastorno, más que la debilidad de su mente; o, para decirlo mejor, la debilidad de su mente proviene de una determinada complejidad.

Al menos la confianza de la que goza todo concentrador en el espíritu de sus epoptas, y es así en todo el rigor del término, reconoce su fuente solo en una disposición precisa de la sangre. Sus epoptas pasan por las prue-

bas más difíciles bajo sus órdenes, sin perder, al menos ordinariamente, el menor grado de confianza; y toda esa enorme confianza se desvanece por completo, tan pronto como dejan el estado de sueño lúcido y sus accesorios.

La prevención es una disposición de la mente a favor o en contra de alguien o algo. Y sin correctivo expresa, por lo general, una disposición desfavorable.

Los defectos reales y positivos, que notamos en otros, suelen ser la causa de la prevención, incluso en contra de sus acciones más encomiables; porque seguros de lo que tienen de reprochable, no nos tomamos la molestia de reflexionar en lo que tienen de virtuoso. A veces también advertimos contra alguien solo por un gesto, por una palabra, por una opinión que no encaja con nuestra forma de pensar. Igualmente nos prevenimos contra las cosas, solo porque no respondieron a nuestras expectativas. La prevención, ya sea a favor o en contra, siempre anuncia un juicio falso o una debilidad de la mente.

Sin embargo, lo que es prevención en otros es una convicción íntima en los epoptas y en cualquier persona que tenga la sangre extraordinariamente líquida. A partir de entonces, existe por su parte la adhesión de la mente a un motivo extraído de su conciencia, para influir en el movimiento necesario. Explicaremos más adelante la causa del paso de este tipo de adherencia de la mente a la acción sobre el movimiento necesario. Mientras tanto, observaremos que estos epoptas ocasionales y naturales experimentan de manera sensata y real ante las personas y cosas contra las cuales se previenen, todos los males que responden a esta preocupación de sus mentes. ■